

Trilogía del Rey Prudente

Felipe II
El Pastelero de Madrigal
Antonio Pérez

Angel Arcos

Titulo: Trilogía del Rey Prudente

Autor: Jose angel Arcos Alonso

Portada y Maquetación: el autor

Editor: Bubok Publishing S.L.

Depósito Legal: PM 471-2009

ISBN: 978-84-92662-96-8

© J.A.ARCOS

Portada: "Felipe II". Pompeo Leoni. Kunsthistorisches Museum, Viena

(Detalle)

FELIPE II

Drama Trágico

DRAMATIS PERSONAE:

FELIPE II, rey.

ISABEL DE VALOIS, reina.

DON CARLOS, hijo de Felipe II.

DOÑA JUANA, hermana de Felipe II.

DON JUAN DE AUSTRIA, hermano natural de Felipe II.

FADRIQUE MORATA, bufón enano.

RUY GOMEZ, secretario personal de Felipe II.

ANA DE MENDOZA, esposa de Ruy Gómez.

CARDENAL ESPINOSA, presidente del Consejo de Castilla.

DUQUE DE ALBA, ministro de la guerra.

FRAY DIEGO DE CHAVES, confesor de Felipe II.

DOCTOR SUAREZ, amigo de Don Carlos.

DON ANTONIO, prior de Atocha.

DOCTOR VELASCO, miembro del Consejo Privado de Felipe II.

CISNEROS, cómico.

Ayuda de cámara de don Carlos.

Dos médicos de la familia real.

Dos procuradores del Consejo de Castilla.

La acción tiene lugar en el Alcázar de Madrid. Invierno de 1567...

PRIMERA PARTE

ESCENA I

El cardenal Espinosa y Ruy Gómez pasean por los jardines del Alcázar.

ESPINOSA.— Ha de convenir conmigo, su señoría, en que la Providencia Divina, en todo su poder y majestad, tiene a bien, de cuando en cuando, enviar a los cristianos alguna que otra calamidad. Para probar su fe, no cabe duda. Pero también, y... (*Se santigua, con los ojos en el Cielo*) “Noli me dubitare a designis tuis, Domine”, para exigir la expiación de alguna culpa. Tiempos tan terribles no ha vivido la Iglesia desde los bárbaros romanos. Claro que, el Altísimo, magnánimo, nos ha regalado con abundantes príncipes cristianos, que han hecho de su espada su fe, y de su cetro un martillo, contra tanta herejía... Pero... pero... —Se me acaba de ir el hilo. Perdonad... ¿Por dónde andaba?—.

RUY.— Su reverencia se ha quedado colgado de un “pero”: algo tendría que objetar, a propósito de Dios... o de los príncipes cristianos.

ESPINOSA.— ¡Los príncipes cristianos, sí! —Admiro vuestra capacidad para anticiparos—... Sin duda, su celo en la defensa de la fe ha sido extraordinario: veo al Altísimo pletórico de contento; pero... (*Con cierta malicia*) no son un dechado de virtudes cristianas, que dijéramos. Acostumbran a poner a prueba la paciencia de la Iglesia, y siembran el mal ejemplo entre el dócil y bien guiado rebaño... Qué pudiéramos decir de nuestros príncipes cristianos, bien lo sabemos vos y yo, y no veo la razón de dar contiendas a nadie. Por cierto, que el otro día... (*Le habla al oído*) ¡con un guiño y sin recato!

RUY.— Lamentable, su reverencia. Tal vez me permitáis que adelante el corolario: que, en el asunto del príncipe, debiéramos actuar.

ESPINOSA.— ¡Bien lo presentía yo que con vos, Ruy Gómez, estaba por demás el diálogo...! ¡Qué calamidad le ha caído al rey, nuestro señor, amigo mío, y qué desdicha le espera al pueblo cristiano! No solo nos ha llegado torcido, sino que ¡no hay manera cristiana de encontrarlo enmienda...! Siento piedad por el rey, que parece resignarse al castigo, y siento pavor al contemplar cómo el cáncer va engordando.

(Entra el ayuda de cámara de don Carlos)

Decidme, siervo de Dios.

AYUDA DE CAMARA.— Su alteza, el príncipe, os espera.

(Sale)

ESPINOSA.— ¡Vaya por Dios! Ni aunque hubiera estado escuchándonos.

(Va a salir)

Henchíos, amigo mío, de este aire diáfano y helado. ¡Aire del Guadarrama: fino sedante para el alma!

(Salen)

ESCENA II

Aposentos de don Carlos. Entran don Carlos y Cisneros, el cómico.

CARLOS.— ¡Contad a estas gentes, Cisneros, lo que os dijo el cardenal!

CISNEROS.— Que, para haraganes y gentes de mala cuna, no había lugar en la casa del rey.

CARLOS.— (*Al público*) ¡Eso piensa de nosotros los cómicos!
¡Mirad! (*A Cisneros*) ¿A tanto se atrevió...? Dejadle de mi
cuenta, buen amigo, porque a este santo ya le tiembla el pe-
destal... Tomad esta bolsa, Cisneros, y cuidad de vuestro arte,
porque, en cuanto me libre de sotanas y capisayos, volveré a
llamaros.

CISNEROS.— Gracias rendidas, alteza.

CARLOS.— A vos. Id con Dios.

(*Cisneros sale*)

(*Para sí*) Con este cortejo, ¿adónde iremos a parar? ¡Ni la más
inocente comedia puede arrancar una sonrisa de la casa del
rey! ¡Recoged vuestro espíritu, príncipe! ¡Tomad vela y sayo,
porque, en esta santa casa, seguiremos de gran funeral!

(*Entra el ayuda de cámara*)

AYUDA DE CAMARA.— Su excelencia, el Cardenal.

(*Entra el cardenal Espinosa*)

CARLOS.— Y bien, su reverencia... ¿Por qué habéis despedido a
Cisneros, que vino a servirme?

ESPINOSA.— Alteza, muy a pesar mío, he creído interpretar las
normas de vuestro padre en lo tocante al decoro de esta casa.
Si queréis asistir a comedias, habréis de salir a los corrales de
Madrid.

CARLOS.— (*Enfurecido, lo agarra por el capisayo*) ¿Y quién sois
vos, curilla de mierda, para decirme, a mí, lo que debo hacer?
¡O pedís perdón de rodillas ahora mismo, o, por mi honor de
príncipe, he de clavaros este puñal!

ESPINOSA.— ¡Deteneos, alteza, en el nombre de Dios! Os ruego
disculpéis...

CARLOS.— ¡De rodillas!

(Silencio. El cardenal Espinosa se pone lentamente de rodillas)

ESPINOSA.— Disculpadme, señor.

CARLOS.— ¡Pedid perdón por su nombre!

(Silencio)

ESPINOSA.— Perdón, alteza, perdón.

(Silencio. Don Carlos guarda el puñal)

CARLOS.— ¡Levantaos y acelerad el paso! ¡No perdáis por el camino el cuento que, a buen seguro, llevaréis al rey!

(Sale el cardenal Espinosa. Silencio. Para sí y en tono solemne y burlón)

“¡Majestad! El príncipe me ha querido asesinar.

Menos mal que el Espíritu Santo se ha interpuesto, porque si no, ¡ya habéis visto cardenal!”

(Y replica, burlón, en un hilo de voz)

“Descuide, su reverencia,

que a este hijo sin razón,

pronto he de darle la puntilla

y enviarlo, sin retorno, al Creador”.

(Entra apresuradamente, Ruy Gómez)

RUY.— ¿Da su permiso, su alteza?

CARLOS.— ¡Pasad!

RUY.— ¡No hay palabras con suficiente aliento para expresar mi indignación por el trato que habéis dado al cardenal! No solo es indigno de cristianos, sino que con gestos tan audaces

provocaréis la ira de vuestro padre, y conseguiréis enajenaros las pocas simpatías que os quedan entre las gentes de bien.

CARLOS.— ¡Continuad con vuestro discurso, señor ministro! ¡Os va muy bien en vuestro papel! Por mucho que os esforcéis, nunca dejaré de veros como el vigilante que me ha impuesto mi padre.

RUY .— ¡Si la mano de un hombre pudiera entrar en su corazón, con ella latiendo os diría que, a pesar de vuestras injurias, os quiero bien!

CARLOS .— ¡Ahorráoslo, señor ministro! Marchaos. Y sabed que quien busca tempestades, no ha de asustarse de un fuerte chaparrón.

(Salen)

ESCENA III

Aposentos de la reina. Entran la reina Isabel, la princesa doña Juana, don Juan de Austria y don Carlos.

ISABEL.— Ha llegado a mis oídos, príncipe, que estáis estudiando alemán con gran celo... ¿Cómo os imagináis a la princesa, doña Ana? Veo que lleváis su retrato en ese hermoso colgante...

CARLOS.— ¡Señora...! Con tan pequeña estampa, es muy corto el vuelo de la imaginación... Dicen que sus ademanes son graciosos, que habla con mucho donaire, y que luce una débil sonrisa que cautiva los corazones... *(Cambia bruscamente de tono y añade con grandes gestos)* Yo la imagino... ¡altiva!, ¡airosa!, ¡con voz firme! y con un dedo muy largo apuntando a lo que yo debo hacer: ¡Apresad al turco! ¡Encarcelad a ese hereje! ¡Bajaos las calzas, porque donde hay palo tieso, mando yo!

TODOS.– ¡Ja, ja, ja!

JUAN.– Pues no andáis por mal camino, sobrino. Dicen que, en Alemania, todas las mujeres son así.

CARLOS.– ¡O en Flandes! ¡Y de eso, por herencia, sabréis mucho vos!

JUANA.– Os suplico que no empecéis a arrojaros los tejos antes de que comencemos a jugar.

ISABEL.– ¿Y vos, Don Juan...? Contaréis con vuestra amada. Hay damas en palacio que os tienen por el más apuesto y rendido galán.

CARLOS.– (*Se adelanta y añade con grandes gestos*)

“¡El bello Calixto! ¡Cresta encendida, plumero lustroso, y el más afilado espolón!”

ISABEL.– Por Dios os pido, príncipe, que dejéis de chancearos. ¿Y bien, Don Juan...?

JUAN.– (*Con el rabillo del ojo a don Carlos*) Pues como a mí nadie me ha dado cortado el percal –sin señalar–, me dedico a picotear por aquí y por allá. Nunca ha de ser tarde para tomar mujer, si uno llega a tener la fortuna del rey... (*Gesto elegante hacia la reina*) Y vos, doña Juana, que estáis, también, muy hermosa...

ISABEL.– ¡Callaos, por Dios! ¡Que nos sacáis los colores, Don Juan!

JUANA.– ¡Ah, si todos los hombres tuviesen algo de Don Juan!

CARLOS.– ¿Y si contase yo las correrías de este brioso alazán? Dicen que, en una sola noche, y en el mismo jardín, sembró donjuanitos en dos altas damas de Madrid.

TODOS.– ¡Ja, ja, ja!

JUANA.— ¡Por Dios, sobrino, qué osado sois!

JUAN.— Y es verdad. Sólo que Don Carlos, rabiando de “impotencia”, lo estaba contemplando un poco más lejos.

CARLOS.— (*Saca el puñal y reta a don Juan*) ¡Alto ahí! ¡Me insultáis, don Juan!

(*Don Juan hace un gesto de desagrado. Don Carlos se queda con el puñal en el aire y entona*)

“No habréis, Don Julián,
de traspasar la cancela,
si antes de mancillar a esa hermana,
no folgáis con esta”.

JUAN.— (*Le secunda*)

“Así se haga Leoncia,
porque donde hay buena tierra,
conviene más de una siembra”.

(*Rien*)

ISABEL.— Picardías, picardías es lo que aprendéis por esas tabernas.

JUANA.— Y que no se entere mi hermano de las noches que pasáis por ahí de francachela.

CARLOS.— (*Muda bruscamente de semblante. Grave y ensimismado*) Mucho retrasa mi padre la concentración de galeras. Ha de pasarse el invierno, y no estar nada listo para hacernos a la mar en primavera.

JUAN.— No desesperéis, porque conociendo a mi hermano, de la noche a la mañana, no queda aquí ni un gato.

ISABEL.— ¡Ah! ¡Es el amor, príncipe, que se rebela ante el paso lento del tiempo! ¡Ay, cómo muerde la brida cuando lo frena el viento!

JUAN.— ¡Hermoso! ¡Muy hermoso, el verso!

ISABEL.— (*Ruborizada*) ¡Me ha salido sin saberlo!

CARLOS.— Pues hermoso verso, y triste hecho: algún día rompo el freno y me desboco.

(*Silencio*)

ISABEL.— (*Con singular afecto*) ¿Tenéis preparados los regalos que presentaréis a la princesa?

CARLOS.— ¡Telarañas han de cubrirlos antes de que salgamos de aquí!

JUANA.— Confiad en vuestro padre, príncipe. Todo lo mide bien antes de dar un gran salto.

JUAN.— Y ese salto, “hermano”, no lo podrá evitar.

CARLOS.— Lo peor es que, cuanto más se lo mira, ¡más grande parece el charco!

(*Salen*)

ESCENA IV

Cámara privada del rey. Entra Felipe II.

FELIPE.— (*A don Carlos, que está afuera*) ¡Pasad, príncipe!

(*Entra don Carlos, seguido del bufón*)

Dejadnos, señor Morata. Y cuidado de que nadie venga a molestarnos.

(Sale el bufón)

Sentaos y sosegaos, porque a los dos nos conviene hablar con serenidad.

(Don Carlos se queda de pie. Silencio. Felipe II se pone a pasear)

He tomado la decisión de concederos la presidencia del Consejo de Estado.... Claro que, en esta ocasión, espero que prodiguéis la energía y sabiduría que vais derrochando por ahí. A saber: Postráis a vuestros pies a un príncipe de la Iglesia y, para más nota, ministro mío... ¡No está mal! Echáis por la ventana a vuestro ayuda de cámara por unas monedas que os faltan por ahí... ¡Tampoco está mal! Dejáis sin un céntimo al banquero Grimaldi, por tener la cortesía de quedar a vuestra disposición... ¡Tampoco está muy mal! Encargáis unas misas para encontrar unas joyas... ¡Tampoco está nada mal! Hecho excelso y singular...! Alquiláis a una mujerzuela y a cuatro hechiceros por ahí para probar vuestra virilidad... ¡Tampoco deja de estar mal! Sólo sois... ¡el hazmerreír de Madrid! Dejáis medio muertos a veinte caballos; y muerto entero, al mío y mejor... ¡Tampoco deja de estar muy mal! Es más... Si queréis pasar del caballo al jinete, aquí me tenéis. ¡No desaprovechéis la ocasión! Decidme con la mano en el pecho, príncipe, ¿qué es lo que buscáis?

(Silencio)

CARLOS.— Majestad, me niego a contestaros.

FELIPE.— ¿Cómo? ¿Ante estas acusaciones, algo tendréis que decir?

CARLOS.— No soy yo el que busca algo, sino vos.

FELIPE.— ¿Yo...? ¿Qué queréis insinuar?

CARLOS.— Su Majestad me trata como un chiflado; como un ignorante, y un ser incapaz de asumir ninguna responsabilidad.

(Silencio)

FELIPE.— Príncipe, mirad por donde vais... ¿Que no me he ocupado suficiente de vos? ¿Que no os he procurado la más distinguida educación? ¿Que no habéis contado con oportunidades únicas para dar lo mejor de vos mismo...? Y, a cambio, ¿qué he recibido...? ¡Insultos y acusaciones de un hijo, que, más que hijo, parece un azote del Cielo!

CARLOS.— Habréis pecado vos, no yo.

FELIPE.— ¡Sujetad esas palabras, príncipe, porque no respondo de mí!

(Silencio)

CARLOS.— Perdonadme, Majestad.

(Pausa)

FELIPE.— ¡Soseguémonos, hijo! Porque aquí nadie puede perder más que los dos. No exijo de vos un hombre nuevo; pero sí un príncipe que ha de asumir una enorme responsabilidad. ¡No juguéis con Dios ni con los hombres! Porque lo que a un vulgar se perdona, en nosotros, es causa suficiente de indignidad... Aprovechad esta nueva oportunidad, os pido. ¡Y no abuséis de mi paciencia, ni provoquéis mi ira, porque, de mi condición de bueno, la mano más dura puede surgir! Y si no podéis controlar los impulsos innatos a vuestra condición, disimuladlos en lo público, y desfogaos cuando estéis a solas. Cuidaos, incluso, entonces, pues no faltarán ojos voraces a vuestro alrededor... Idos, príncipe, a meditar sobre mis palabras. Esta es la última vez que hablo en este tono; la próxima, puede ya no haber tiempo para el perdón.

CARLOS.— Antes de retirarme, ¿puedo haceros una pregunta?

(Felipe II asiente con un gesto)

¿Iremos, por fin, a Flandes cuando el tiempo sea propicio para hacernos a la mar?

FELIPE.— Así lo haremos, alteza. Cuando se serene el mar.

(Sale don Carlos. Silencio. Entra el bufón)

BUFON.— Muy carisanto va el príncipe, majestad. Hoy luce de querubín; mañana, de satanás. ¡Ay, la piel de la zorra qué bien agarrada va!

FELIPE.— *(Molesto)* ¡Señor Morata, callad!

BUFON.— ¡Esta vez, su majestad ha de escucharme! O soltáis al halcón tras la presa, o en pichón acabareis algún día.

FELIPE.— Así habría de ser, si antes no lográis enjaularlo.

(Salen)

ESCENA V

Aposentos de don Carlos. Entra don Carlos.

CARLOS.— *(A los procuradores del Consejo de Castilla, que están fuera)* ¡No se queden en la puerta, sus señorías! Que no es privilegio de príncipes morder sin antes ladrar.

(Entran los procuradores, midiendo sus pasos)

Tomen cumplido asiento, que sus señorías y yo hemos de hablar con sosiego.

(Hacen como que se sientan, pero quedan de pie. Silencio. Don Carlos se pone a pasear)

Ha traído hasta mí un rumor el viento, de que el Consejo de Castilla –presente, en sus señorías–, ha pedido al rey que me deje aquí de regente, mientras él se va por Flandes, valiente, conjurando aquel temporal. ¿No es así?

PROCURADOR.– Así es. Eso hemos pedido al rey.

CARLOS.– ¡Sin más...!

PROCURADOR.– Sin más.

(Silencio)

CARLOS.– Creo recordar también que, hace escasamente dos años, pedisteis, a su vez, al rey que me casase con mi tía doña Juana porque así convenía a los intereses de la corona y al gobierno de la nación. ¿No fue así?

PROCURADOR.– Así fue, señor.

CARLOS.– ¡Sin más...!

PROCURADOR.– Sin más.

CARLOS.– Y bien... Para quererme tanto, decidme: ¿qué os he hecho yo?

PROCURADOR.– Alteza, nuestras tierras están sufriendo en sus mermadas carnes el sostenimiento de provincias y estados que son ajenos a nuestras creencias y modos de pensar... Contemplamos cómo, día a día y palmo a palmo, van cayendo en manos de herejes que levantan la espada, desafiando el poder de su Majestad.

PROCURADOR.– Os hemos jurado como príncipe heredero, en la esperanza de que saquéis a estas tierras del estado de prostración en que se encuentran... Hacemos nuestra la causa de la religión y el derecho de nuestros monarcas, pero no podemos seguir pagando en dinero, no solo el sudor de nuestros hombres, sino también el de su propio sustento.

PROCURADOR.— Si juzgáis que nuestras quejas no son causa suficiente para nuestras peticiones, su majestad ha de enviarnos a nuestras tierras, y sean otros los que acallen las voces de nuestras gentes.

CARLOS.— ¡Muy bien dicho, sí señor! El discurso es vuestro oficio, aunque no os falte razón. Pero... ¿por qué he de ser yo vuestra solución? ¡No entiendo de magia! Y sin magia, no hay ninguna solución... ¿Por qué os molesta que me case con la mujer que me place, y llegue a gobernar cualquier estado, si, al fin y a la postre, daré con mis huesos en esta tierra, que es la que quiero yo...? ¿Qué os hemos hecho a vosotros, el pueblo, los príncipes para que así nos pidáis el sacrificio de nuestra más pequeña ilusión...? ¡No he de consentir en ello! ¡Nunca jamás! Y si llego a enterarme de que alguno de los vuestros insiste, en este sentido, ante el rey, ¡que Dios le libre de mi mano, porque destruirlo, lo destruiré...! Si quiero ir a Flandes, es porque tengo derecho a ejercer el poder, y —¡sobre todo!—, tengo derecho a casarme con la mujer que amo, y a la que, trajines de estado, aún no me ha sido dado conocer. (*En gran excitación*) ¿No veis que todo esto me sume en la angustia y no acierto a ser lo que yo quiero ser y vos queréis ver... ¡Ni ser, ni ver...! ¡No sé lo que me digo ya!

PROCURADOR.— Alteza, calmaos. Ha sido únicamente una petición al rey. En esto, como en otras cosas, Dios Nuestro Señor proveerá.

CARLOS.— ¡A vosotros con alas, si queréis salir de aquí con bien! ¡Marchaos y mirad bien de frente! No tropecéis con vuestras narices, de lo corto que veis.

(*Salen. Pausa. Entra el ayuda de cámara*)

AYUDA DE CAMARA.— ¡Señor! ¡Han salido en estampida! ¡Van alzando las manos al cielo e imprecando no sé qué al creador!

CARLOS.— ¡Ja, ja, ja! ¡Seguro que alguno ha tropezado ya!

(Se oye un golpe seco)

¿No os lo decía yo? Cerrad bien la puerta, no se nos cuele más de una maldición.

(Sale el ayuda de cámara. Don Carlos pasea de un lado para otro de la habitación. Pausa)

CARLOS.— *(Para sí)* ¡Mucho tarda el Duque en entrar en escena! Seguro que está ensayando el “Tómame ésta, y quédome aquella”.

(Entra el doctor Suárez)

SUAREZ.— ¿Da su permiso, su alteza?

CARLOS.— ¡Doctor Suárez! ¡Qué sorpresa me dais, mi buen amigo! ¡Hace tanto tiempo que no he oído de vos!

(Se abrazan)

SUAREZ.— Ya veis, alteza: el estudio y la docencia, que me tienen recluido en Alcalá.

CARLOS.— ¡Ah, aquellos años locos en la universidad! ¿Qué noticias me traéis? ¿Qué os trae por aquí?

SUAREZ.— Alteza, bien quisiera haber venido para montar a caballo y perderme con vos por esos bosques del Pardo. Pero una obligación dolorosa de fidelidad hacia vos, me ha arrancado de mis libros, y me ha hecho buscaros con urgencia.

CARLOS.— Decidme, amigo, ¿en qué puedo ayudaros?

SUAREZ.— ¡Alteza! Habréis de perdonarme si, por una vez en la vida, abuso de vuestra paciencia.

CARLOS.— Hablad con la mayor libertad, os pido.

SUAREZ.— ¡Príncipe! No sé si os estáis dando cuenta de la fatídica red que se está cerrando en torno vuestro. Hay gentes a la espera de que cualquier gesto desborde el vaso de cargos que se están acumulando contra vos. Mirad que, incluso, el Santo Oficio está empezando a sospechar de vuestra religiosidad.

CARLOS.— ¡Si me confieso o no, sólo es asunto mío, y sólo de ello he de dar cuentas a Dios! No quisiera ser como mi padre, que, más que religioso, parece un santurrón.

SUAREZ.— ¡Por Dios, alteza, respetad a vuestro padre! Pero lo que creo no lográis ver es que, en vuestra situación, lo importante no es lo que vos penséis, sino lo que se piense de vos. Mirad, príncipe, que si no sabéis mantener los gestos que se esperan de vuestro papel, fácilmente seréis motivo de sospecha y causa de difamación.

CARLOS.— ¡Pues me niego al disimulo! ¡Yo soy como soy!

SUAREZ.— No es eso, príncipe, lo que quiero de vos, sino que ajustéis vuestra conducta a lo que se debe hacer. Los hombres no somos libres ni tenemos el derecho de decir lo que nos plazca y hacer lo que nos parezca, aunque, a su vez, parezca dictárnoslo nuestra razón.

CARLOS.— No me convencéis, amigo. Porque, decidme... En mi situación, ¿debo aguantar a este tajo de ignorantes, de beatos y de envidiosos que crecen en torno a mi padre, sólo, según vos, porque los ha elegido él?

SUAREZ.— Sosegaos, príncipe, y haced una pequeña reflexión. Si hicierais lo contrario, ¿qué sería de vos?

CARLOS.— ¡Como príncipe, tengo mis derechos a rechazar lo malo y buscar lo mejor! ¿Adónde hemos de ir con gentes de

tal calaña que, con lágrimas en los ojos, me piden, devotos, que me acueste con esta mujer y con aquella no?

(Pausa. El doctor Suárez hace un gesto de impotencia)

SUAREZ.— Príncipe, vos sois una causa perdida, y esto me entristece. Si, al menos, intentarais respetar a vuestro padre, y tan sólo disimulaseis que aguantáis a aquellos que están a vuestro alrededor, por contento me daría y renacería mi esperanza en vos.

CARLOS.— ¡A mi padre le respeto! Y en lo que toca a los otros, ¿qué entendéis vos por disimular?

SUAREZ.— Aparentar, príncipe; y no dejarse atrapar por la verdad, que, en vuestro caso, es lo que vos pensáis. Mirad que...

(Don Carlos se adelanta)

CARLOS.— Bien os entiendo, doctor Suárez. Pero donde vos ponéis disimular, yo leo aguantar y callar, y mal he de disimular mi ira cuando apenas me dejan respirar.

SUAREZ.— *(Mueve la cabeza con tristeza)* Príncipe... ¡Que Dios os ayude y derroche a manos llenas su sabiduría sobre vos! Dadme un abrazo, alteza, porque se me nublan los ojos y me traiciona la emoción.

(Se abrazan)

CARLOS.— ¡Adiós, amigo mío! Una de las pocas personas a quienes quiero de verdad. *(Saca una bolsa de un bolsillo)* Tomad esta pequeña bolsa para vuestras hijas que, según he sabido, pronto han de casarse.

SUAREZ.— *(Duda, pero toma el dinero)* ¡Nunca el mundo apreciará vuestra generosidad!

(Sale. Pausa. Entra el ayuda de cámara)

AYUDA DE CAMARA.– Alteza, el duque de Alba, en gran desasosiego, hace rato que espera ser recibido.

CARLOS.– ¡Que se serene antes de entrar! También yo le he estado esperando.

(Sale el ayuda de cámara. Pausa. Entra el duque de Alba)

ALBA.– Alteza... Antes de partir para Flandes, he querido despedirme.

CARLOS.– ¡Os lo habría exigido! Sabéis que vuestra voluntad es vuestra obligación. Algo arderá en aquel reino para que salgáis con tal urgencia.

ALBA.– Voy a pacificar aquellas provincias, antes de que se presente por allí la familia real.

(Don Carlos se le queda mirando)

CARLOS.– ¿Puedo entender... “la trinidad real”?

ALBA.– El rey, la reina y vos. Si así lo queréis.

CARLOS.– ¡Pues no sabéis lo que os envidio, duque! Mal debo yo pinchar con la espada para que me dejen atrás. Y si serenáis aquello, ¡qué felicidad!, entraremos en triunfo, porque así ha de hacerlo la familia real.

ALBA.– *(Visiblemente molesto)* Alteza, quisiera retirarme ya.

CARLOS.– ¿Yaaa...? Decidme, empero... Para asunto tan sencillo para vos, ¿hace falta encerrarse durante ocho horas, a solas, con el rey?

ALBA.– Cuatro, han debido de ser.

CARLOS.– ¡Pero largas, que da igual! Aparte del cómo serenar aquello, ¿algo habréis comentado sobre... “la marcha triunfal”?

ALBA.– Mi misión es reducir a los herejes y levantiscos que aún quedan por aquellas provincias.

CARLOS.– ¡Pues duro con ellos, duque! Porque, si queda alguno, ¡a lo mejor no voy yo!

ALBA.– (*Con enojo contenido*) Alteza... ¿Puedo retirarme?

CARLOS.– ¡Si acabáis de llegar, amigo mío! Y no diréis que os he recibido mal para lo que podría esperarse de mí.

(*El duque de Alba no responde. Pausa*)

Antes queríais decirme no se qué sobre los propósitos del rey, una vez que concluya... esa limpieza que habréis de hacer vos.

ALBA.– Solamente en el caso de que seáis necesario aquí como regente, no se contaría con su alteza.

CARLOS.– ¡Eso ya me lo temía! Al parecer, hay gentes muy distinguidas que me quieren aquí a buen vino y requesón... Al final, no tengo nada resuelto: ¿me quedo, o me voy?

ALBA.– Eso está en las manos de vuestro padre.

CARLOS.– ¡Eso también me lo temía! Y si no: ¡allá los cielos proveerán!, que es la manera más descarada de negarse en “redondón”.

ALBA.– ¿Perdón...?

CARLOS.– De en redondo: redondón.

ALBA.– Muy ingenioso sois para burlaros de mí.

CARLOS.– ¡Y vos, para ocultarme lo que tanto necesito saber!

(*Pausa*)

ALBA.– Si os referís a lo que creo interpretar, sabed que suplicaré a vuestro padre, y solicitaré del emperador, que vuestro matrimonio con la princesa Ana pueda, por fin, asegurarse.

CARLOS.— ¡Celebrarse y festejarse!, querréis decir. Tal vez, también, consumarse. Y en eso, algo tendré que ver yo... ¿O no?

ALBA.— Alteza, muy discretamente, pero me estáis insultando, y esto me exime del deber de subordinación hacia vos. Me voy.

CARLOS.— ¡Esperad un momento! Una última cuestión, y cada cual a su devoción. Puesto que he de quedarme en Madrid, ¿han de traerme a la princesa, de vuelta, o han de buscarme otra aquí?

ALBA.— Os presento mis respetos. Me voy.

(Don Carlos le echa la mano al cuello)

CARLOS.— ¿Por qué no respondéis a mis preguntas? ¿Qué habéis acordado con el rey? ¡Hablad, o juro que os mataré!

(Saca el puñal)

ALBA.— ¡Deteneos, príncipe, en el nombre de Dios!

(Forcejean. El duque reduce a don Carlos. Acude el ayuda de cámara)

AYUDA DE CAMARA.— ¡Calmaos, alteza! Duque, en su nombre, os pido perdón.

ALBA.— ¡De nada ha de servirle mi perdón!

(Sale. Don Carlos se queda cabizbajo y como aturdido)

AYUDA DE CAMARA.— ¡Alteza! Antes de que sea tarde, corred y disculpaos ante el duque. ¡Mirad que vuestro padre nunca os lo perdonará! ¡Moveos! Que perder sólo un instante, es perder toda una vida ¡cuando el hilo tiembla ya!

CARLOS.— ¡Callaos y dejadme en paz! ¡Esta vez llegaré hasta el rey!

(Sale precipitadamente)

AYUDA DE CAMARA.— ¡Alteza, deteneos! (*Se santigua*) ¡Que Dios nos proteja de los humores y de la locura de los grandes!
(*Sale*)

ESCENA VI

Aposentos del rey. Entra el bufón.

BUFON.— ¡Ah, los grandes de la tierra!

Grandes en el nombre;
y sin nombre, tan enanos.
Ellos gozan del poder,
y disfrutan del tener,
pero nunca alcanzan el saber,
que es lo que hace grande al enano.

(*Don Carlos entra precipitadamente*)

CARLOS.— ¡Dónde está el rey!

BUFON.— (*Confundido*) No lo sé, alteza. Yo sólo cuido del humor de mi señor.

CARLOS.— ¿Que no me lo vais a decir, ruin alcahuete? ¿Quién sabe, en esta casa, quién caga y quién mea sino vos? ¡Hablad! (*Le agarra por el cuello y le da una bofetada*) ¡Sabed, inmundada sanguijuela, que ahora mismo os retorcería el gaznate y arrojaría a los perros estos despojos de hombre que lleváis! ¡Hablad!

(*Entra Felipe II*)

BUFON.— (*A duras penas*) ¡... El rey!

(Don Carlos lo suelta, asustado)

FELIPE.— Os tengo dicho y suplicado, príncipe, que no irrumpáis en mis apartamentos sin pedirlo previamente, como hago yo con vos.

CARLOS.— *(Con ira contenida)* ¡Majestad...!

(Se retira bruscamente y sale. Silencio)

FELIPE.— Y bien, señor Morata... ¿Qué estaba pasando aquí?

BUFON.— Señor... Malo es que ruja el cachorro mientras bosteza el león. ¡Cuidad de vuestra hacienda, que a la iglesia voy por vos! Vuestro hijo, señor...

FELIPE.— ¡Excelente, Morata! La fábula, la interpretaré más tarde. Mandad que pase don Antonio, el prior.

(Sale el bufón. Pausa. Entra el prior de Atocha)

PRIOR.— Majestad... Con gran tristeza y sentimiento, y urgido por el celo en el servicio de nuestra santa religión, la conservación de vuestros estados, y de la real persona de vuestra majestad...

FELIPE.— Señor prior, abreviad.

PRIOR.— El príncipe, vuestro hijo, ha manifestado en confesión que os tiene odio mortal.

FELIPE.— ¡Eso ya lo sabía!

PRIOR.— ¿Señor...?

FELIPE.— ¿Que si no añadió nada más?

PRIOR.— *(Confundido)* Añadió que... Pidió una hostia sin consagrar para así poder comulgar.

FELIPE.— ¡Que Dios Nuestro Señor le perdone!

PRIOR.— Así sea. Amén.

(Pausa)

FELIPE.— No aclaró el porqué, ni qué es lo que piensa hacer.

PRIOR.— No pudimos conseguir más de él. Y esto, a cambio de la absolución.

FELIPE.— Que no le disteis, al final.

PRIOR.— No se arrepintió.

FELIPE.— ¡Buena la tuvo, entonces! Confesó y de nada le sirvió.

PRIOR.— ¿Majestad..?

FELIPE.— Señor prior... No se por qué —¡aunque bien me temo para qué!—, de un tiempo a esta parte, pululan por los corredores del Alcázar frecuentes clérigos que, llevados de un celo extraordinario en el servicio de la religión, vienen a denunciar los repetidos incumplimientos religiosos de mi hijo, y otras infamias que tendría a a mejor callarme... No dudo de que sea verdad: al pobre, Dios le ha dado pocas luces, y menos que él ha sabido emplear. Pero ¿esta insistencia...? Más parece un acoso a su persona que celo en la defensa de la religión.

PRIOR.— Majestad, no era esa mi intención. Vos me conocéis bien.

FELIPE.— (*Pensativo*) Sí... Mi hijo se está buscando su propia perdición... Pero... ¿a qué vienen estos desgarros y esta tan santa, como teatral, indignación...? ¡El ejemplo! ¡La imagen que el príncipe debe dar de sí mismo! Y si el espejo no devuelve la imagen, ¡adiós a la religión!

PRIOR.— (*En tono de reproche amable*) ¡Majestad!

FELIPE.— Sí, mi buen don Antonio... Qué duro es aguantar a la gente cuando sólo se ocupan de sus intereses, y con cualquier fruslería que encuentren por ahí tratan de influir en lo que sólo vos habréis de decidir... Que he de tomar una medida importante, bien lo sé. Pero... ¿tantos abejorros zumbándome alrededor? Más me mueven a disculpar los errores del príncipe, que a exigir su expiación.

PRIOR.— Majestad... Sólo puedo pedir que Dios os ilumine en lo que hayáis de decidir.

FELIPE.— Pedídselo a El vos y vuestros frailes, porque buena luz necesito para encontrar una salida en este callejón... Saludad al padre Anselmo, en la postración de su gota. Y no olvidéis mandarme aquellos plantones de abedul que, antes de que acabe el invierno, quiero poner en el Escorial.

PRIOR.— Así lo haré, majestad.

FELIPE.— Don Antonio, id con Dios.

(El prior de Atocha sale. Entra el bufón)

BUFON.— *(Al rey, que está como ausente)* Mi señor... ¡Muy al frente va el hábito en esta procesión! Si los púlpitos no os amansasen el rebaño, ya iba yo a ceparlos. Mal la habrían con el príncipe, que, de qué sayas usa, ¡bien lo sé!

(Salen)

ESCENA VII

Aposentos de don Juan. Entran don Juan y don Carlos.

JUAN.— ¡Es una locura, y será vuestra perdición sólo intentarlo!

CARLOS.— ¡Seguidme con vuestras naves, y os daré algún reino o algún ducado!

JUAN.— ¡Calmaos y reflexionad! No queráis tomar por la fuerza lo que, de hecho, es de vos.

CARLOS.— ¿Y qué puedo esperar ya de un padre que me aborrece, que me humilla como príncipe, y que nunca, nunca, me dará responsabilidades de gobierno? ¡Decidme! ¿Por qué entorpece mi casamiento? ¿Por qué no me lleva a Flandes y me deja demostrar que soy un digno príncipe heredero?

JUAN.— ¡No desesperéis, “hermano”, porque en este barco todos vamos un poco a merced del viento!

CARLOS.— ¡Viento es lo que necesitamos para salir de aquí!

JUAN.— Mirad que, si huís de vuestro padre, os rebeláis contra el rey; y a quien desafía su poder, ¡que Dios lo libre de Felipe II!

CARLOS.— A vos, porque os ha ido bien. Pero ¿quién dice que, un día, no se le revuelve el humor y acabáis con vuestros huesos podrido en un rincón?

JUAN.— ¡No! Si yo no me lo busco. ¡Y en eso, contemplaos, porque sois bueno vos! Acabáis con la paciencia de diez padres. ¡Y ya era hora de que pudiera decíroslo!

(Silencio)

CARLOS.— ¿Vos a mí, hijo de puta?

JUAN.— Y a vos, ¿quién os parió?

CARLOS.— ¡Una reina! ¡Y no una mujercuela, como a vos!

JUAN.— ¡Mirad que me muerdo la lengua, pero lo que decís no tiene perdón!

CARLOS.— ¿Perdooón...?

(Silencio. Cambia bruscamente de tono)

Perdón, perdón... Dejémoslo ya... Quedaos, quedaos aquí...
Ya veremos... (*De un tirón*) ¿No puedo esperar al menos una nave para huir?

JUAN.— No, si antes no os disculpáis por lo que acabáis de decirme.

CARLOS.— ¿Vuestra madre...? Perdón, perdón, de verdad. Entonces, ¿vos también me abandonáis? ¡Mirad que, si llego a ser rey, esto no os lo perdonaré! Es inútil ya amenazar... ¡Ni la confianza que os he dado, ni mi fidelidad sirven, al menos, para que os planteéis si es justo o no!

JUAN.— ¡Vuestro proyecto es descabellado! Y no quiero ir al matadero detrás de vos.

CARLOS.— ¡Ya os entiendo! Mejor, heno seco bajo el collar, que hierba fresca aún por pastar. ¡Muchos príncipes en la historia han hecho lo mismo que yo!

JUAN.— ¡Y también muchos han acabado mal!

CARLOS.— ¡A mí poco me importa! Mejor morir a caballo que no consumido en un torreón. Marchaos... ¿Al menos, como caballero, habréis de hacerme un favor?

JUAN.— Como tal, os lo prometo.

CARLOS.— No descubráis mis proyectos al rey.

(*Silencio*)

JUAN.— Por mí, no ha de saberlo, pero bien me temo que lo sepa ya.

CARLOS.— ¿Yaaa...? (*Con el puño en alto*) ¡Ojo de Dios que estáis en todas partes! ¡Esto es el final! ¡Se acabaron las palabras! ¡Me voy a dormir por no romper a llorar!

(*Con el rostro entre las manos, busca la salida. Salen*)

ESCENA VIII

Aposentos del rey. Entra Felipe II con su Consejo Privado: el cardenal Espinosa, Ruy Gómez y el doctor Velasco.

ESPINOSA.– Majestad... Debéis considerar el peligro al que exponemos a la Cristiandad. En tiempos como estos, en que el mismo infierno parece eructar herejes por doquier, necesitamos de príncipes, firmes en su fe, y sólidos en los modos cristianos de proceder... Vos habréis de decidir lo que hacéis con vuestro hijo. Pero la conducta irresponsable y licenciosa que ha seguido hasta aquí, parece señalar –¡señala, sin más!– que el príncipe no tiene sano el juicio y que es imprevisible lo que piense, diga y haga, por no decir imaginar... Disculpad el rigor de mis palabras; pero, en este momento solemne en que habéis pedido nuestra opinión sobre él, esto es lo que me dice la razón y me dicta la conciencia, y creo contar en ello con las luces que he pedido al Señor.

FELIPE.– Bien habéis hablado, Cardenal. Señor Ruy Gómez, os toca a vos.

RUY.– Majestad... Lejos de mi condición de humano lanzar un juicio temerario sobre el príncipe; eso sólo puede hacerlo Dios y, en todo caso, vos... Muchos son sus defectos, muchas sus locuras, innumerables las ofensas contra vuestra persona... Decidid a solas y ante Dios lo que habréis de hacer. Pero, si me perdonáis, señor, diré que el príncipe necesita un duro escarmiento y un camino doloroso de reforma para que desaparezcan los fantasmas del capricho y de la insensatez y aflore, por fin, el sentido común que, como ha demostrado en muchas ocasiones, también está en él.

FELIPE.– ¿Y vos, Doctor? Sois el más ajeno al príncipe, también...

VELASCO.— Majestad... No desconozco los defectos del príncipe, y tampoco ignoro los atropellos que ha cometido contra Dios y contra vos... Pero también ha dado muestras ejemplares de virtudes que, en su estado puro, es difícil encontrar hoy: fidelidad hacia las personas; pasión por la verdad; reconocimiento del mérito; y extrema, aún manirrota, generosidad. Debéis perdonarme, señor... Pero en la balanza de la vida, tanto pesa cuanto echéis de mentira y de verdad.

(Entra el bufón)

BUFON.— Majestad. Don Juan quiere hablar, a solas, con vos.

(Felipe II se dispone a salir)

FELIPE.— Mediten sus señorías sobre lo que ha de decidirse.

(Salen Felipe II y el bufón. Silencio)

RUY.— *(Al cardenal Espinosa)* La sutileza, su reverencia, no es virtud en la que tengáis a bien brillar. O aparentáis no conocer los humores del rey, o quién diría que no buscáis su provocación.

ESPINOSA.— Y también vos, aunque tratéis de disimularlo.

RUY.— *(Al doctor Velasco)* Y por ese camino, también vos, señor doctor, ya me entendéis... *(Al cardenal Espinosa)* Pero donde el doctor y yo exponemos una opinión, vos amañáis una provocación, y sabéis que eso molesta al rey.

ESPINOSA.— Si así lo interpretáis, he de deciros que mis modos son vehementes —bien lo sabéis—, y que lo que muy intensamente se siente con fuerza ha de salir del corazón.

RUY.— En conclusión... Que más que un asunto de Estado, parece un asunto entre el príncipe y vos.

ESPINOSA.— O entre él y vos, porque nunca dejáis clara vuestra postura.

RUY.— ¡Y vos, y vos...! Hermosa manera de argumentar tenéis.

VELASCO.— ¡Por Dios, sus señorías! Templemos nuestros espíritus y meditemos sobre lo que ha de pedirnos el rey.

ESPINOSA.— ¿Vos lo sabéis?

VELASCO.— Pues no. Nunca lo deja entrever.

RUY.— La decisión estará tomada. Solamente, confirmaremos al rey en lo que tiene decidido y aún no tiene claro si realizar. Un día habló de recluir al príncipe. Y esto, no cabe duda, ha de ser, de momento, la solución mejor.

(Pausa)

ESPINOSA.— ¿Habló de recluir, o utilizó otro verbo más preciso y definitivo?

RUY.— Encarcelar, si así lo queréis: reducir a prisión.

ESPINOSA.— ¡Ah, no es lo mismo, amigo mío! Y aquí el doctor en leyes me confirmará que, cuando se trata de derechos, no es lo mismo recluir que encarcelar.

VELASCO.— Su reverencia no debiera ser tan liviana con asunto tan trascendente, sea verdadera o no la intención del rey.

ESPINOSA.— ¡Pues que quede bien claro! ¡Yo hablaré a favor de encarcelar; y no de recluir, u otro verbo pamplinoso que, tratando de insinuar, nunca llega a decir!

(Acaba de entrar Felipe II. Silencio)

FELIPE.— Señores, huelga ya cualquier discusión. He tomado la decisión de detener al príncipe, mi hijo, y recluirlo en su cámara. He concebido esta medida tan vergonzosa, como la solución última. Con ella, aunque me duela en el alma, dejo de

ser padre para convertirme en rey. No queda ya más que un solo papel. Dios Nuestro Señor me obliga a este sacrificio. El sabrá por qué y para qué. Procedamos a detenerlo, porque se acerca la media noche, y ésta ha de ser la mejor ocasión.

(Salen)

Fin de la primera parte